

Jugadas de engaño

Jorge Olivera Castillo
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Ha echado a andar la maquinaria simbólica de la nomenclatura insular. Poco a poco sacan del armario a algunos negros (sólo los necesarios) para ofrecer una visión de pluralidad racial que se ajuste a las características de una población que tiene aproximadamente 60 % de negros y mestizos.

Aunque todavía los pasos son tímidos y limitados, es probable que alcancen mayor visibilidad, a tono con el propósito de crear cierta expectativa de mayor integración de los cubanos de piel oscura en áreas donde su presencia permanecía circunscrita a la eventualidad, o simplemente eran rehenes de la omisión perpetua.

Parece ser una táctica que busca, ante todo, desplazar o desvirtuar las corrientes de opinión que se vienen forjando fuera del ámbito gubernamental, en las cuáles se llega a conclusiones no absolutas, pero más objetivas, sobre tal problemática.

El entramado de entidades bajo la sombra del gobierno carece de la debida independencia para abordar el asunto sin medias tintas. No se pueden perder de vista los mecanismos condicionantes, en este caso ajenos a la represión abierta y no por ello menos eficientes, a la hora de establecer reglas no escritas que fijan las fronteras del análisis y la praxis de cualquier proyecto.

Las torceduras de brazo a los más osados en las investigaciones y propuestas, a menu-

do vienen camufladas con premios, autorización para viajar al extranjero, acceso a empleos de mayor relevancia, publicación de libros, entre otras maniobras que quedan en un acuerdo tácito entre las partes.

Desde el oficialismo es muy difícil emplearse a fondo en cualquier proyecto, mucho más si el tema tiene implicaciones más allá de lo cultural, lo cual puede provocar que afloren fallas de gran calado en cuanto al desempeño del gobierno para atenuar o diluir los márgenes de conflictividad racial.

El hecho de haber insistido, a través del silencio y del uso y abuso del folclor, en canalizar los niveles de insatisfacción de la población afrocubana, es una estrategia que sólo ha generado un círculo vicioso, que produce nuevas formas de marginalidad y deterioro en este sector poblacional, condenado a permanecer en la retaguardia de casi todos los ámbitos de la vida social, económica y política.

Hay intelectuales de la raza negra, imbricados en la urdimbre oficialista de instituciones culturales, que han logrado ensayos y obras de excelente calidad, pero realmente la lista no podría considerarse numerosa. El instinto de conservación se impone ante un régimen que posee un vasto arsenal para corregir las actitudes demasiado divergentes.

Las voces que, desde la emergente sociedad civil, se han propuesto analizar las causas y consecuencias de los prejuicios raciales en Cuba, sin ceder ante las reales posibilidades

de algún tipo de represalia por parte de la policía política, se convierten en la reserva moral que alienta una dinámica diferente, exenta de ortodoxias y superficialidades. Sólo apuestan por un ambiente de discusión coherente, inclusivo y a fondo, acerca de una realidad que necesita reformulaciones y balances para construir una democracia lo más sana posible, cuando acabe el ya excesivo mandato del partido comunista.

En respuesta al activismo de varias agrupaciones sin vínculos con dependencias del Estado, viene tomando forma una ofensiva mediática, hasta ahora esporádica, que va subiendo de tono y encasilla aquel activismo en la órbita contrarrevolucionaria. Se llama a profundizar ‘desde la oficialidad’ el estudio de estos tópicos con la idea de restarle vigencia y protagonismo a quiénes han decidido tomar el toro por los cuernos, poniendo a un lado las consecuencias de soportar una pesada carga de fatalidades y perjuicios personales.

Las posiciones asumidas por quienes, de una u otra manera, se han convertido en portavoces del discurso gubernamental denotan preocupación y temor a que queden en evidencia sus ejecutorias y actitudes, constreñidas a cumplir con lo previamente fijado por las élites culturales y políticas. Su esencia radica en que arraigue, allende las fronteras, la presunta conciencia de preocupación del gobierno por el problema racial, algo muy distante de concretarse en todas sus aristas. Un análisis sobre el terreno bastaría para arrojar una baja calificación, teniendo en cuenta la composición racial de la población cubana, los índices de familias que habitan en tugurios, el acceso a los empleos del sector emergente de la economía y la población carcelaria. En todos estos parámetros, los negros y mestizos cubanos arrastran el peso de las cifras negativas.

Hay más sectores donde la marginación es obvia; no obstante, sólo cito algunos ejemplos a modo de ilustración, para que se tenga una idea de la disparidad entre el discurso proclamado en las tribunas, enrumbado por los carriles de la igualdad y la armonía social, y la amarga existencia de decenas de miles de afrodescendientes envueltos en un interminable ciclo generacional de miseria, violencia y exclusión.

El negro en Cuba se mantiene como morador de las periferias. Para salir de esos espacios marginales debe sortear un laberinto con cientos de recovecos. Muchas veces el éxito se malogra en normativas de facto que funcionan como baches en la oscuridad. Al final las caídas y el retorno al sitio de origen: la relegación, el desamparo y las atmósferas dominadas por el alcohol, las drogas, la promiscuidad, el suicidio y el crimen.

Más allá del tambor

La persistencia de patrones hegemónicos que reafirman mecanismos de exclusión y marginación impulsan a que muchos cubanos de raza negra, como respuesta a ese sostenido menosprecio, se refugien en las prácticas religiosas de origen africano y en comportamientos socialmente reprobables, lo cual dificulta considerablemente el avance, reconocimiento e inclusión social dentro del sistema.





De acuerdo a la estructuración político-social establecida en 1959 y que aún perdura, no sería descabellado pensar en un diseño que favorece este tipo de actitudes, con el objetivo de que las familias negras se afiancen en códigos oscurantistas y de auto aislamiento para alejarlas de los espacios de modernidad cultural y social.

En segundo lugar se ha utilizado el capital exótico de la amplia gama de ceremonias, atuendos, danzas y procedimientos litúrgicos y espirituales traídos por los esclavos del África, para vender «productos» a precios de lujo a ciudadanos del primer mundo. Es oportuno acotar que los derechos y, por supuesto, las ganancias de esta lucrativa industria del folclor africano terminan en las arcas del Estado, que ha dado suficientes muestras de menosprecio y desconocimiento por el enorme y riquísimo aporte africano a la cultura y la nacionalidad cubana.

No es difícil encontrar familias enteras de afrodescendientes encerradas en un mundo donde sólo se habla de temas afines a lo anterior. Esta ha sido una vía

para ganar la autoestima perdida en un entorno desfavorable, pero que a la vez se revela como fatal concurrencia de elementos proclives a ensanchar la dimensión de la ignorancia y el fanatismo. De ninguna manera esto puede reportar beneficios, más allá del contexto subjetivo de los practicantes y su modo de vida casi en el umbral de la civilización.

Diariamente miles de personas acuden a consultas espirituales, otros se inician en los ritos de deidades de origen africano y arraigo popular, como Yemayá, Ochún, Changó, Obbatalá. Se invierten grandes sumas de dinero en esas conversiones y son muchas las finalidades de quienes optan por insertarse de lleno en esos misterios: desde curarse una dolencia crónica o buscar prosperidad, pasando por apurar los trámites de viaje al extranjero o echarle maldición a un enemigo, hasta salir absuelto en un juicio.

Lo peor es que no siempre se consigue el deseo. Todo se queda en un campo de especulaciones, casualidades y suertes. Hay quienes han invertido una fortuna que de nada les ha

valido. Al final siguen en las cuarterías, se mueren trágicamente y en vez de ir a Europa van a parar a una de las más de 200 cárceles y campos de trabajo de Cuba.

No hay que ser erudito para ponderar los resultados de una fórmula donde el negro cumple dos funciones en consonancia con las preferencias del poder: someter a y obtener jugosos dividendos de las prácticas ancestrales. Si quiere emanciparse, el negro debe redoblar los esfuerzos por romper estereotipos y cultivar el intelecto. A medida que mejoren sus capacidades, mayor será el margen de defensa ante cualquier intento de manipulación y creencia de que en Cuba no hay racismo.

La discriminación por motivos de raza en el siglo XXI no tiene las mismas características que en el siglo XIX. Y Cuba no es Sudáfrica. Es preciso utilizar otros métodos de comprobación para que los incrédulos abandonen sus tesis complacientes y los racistas queden expuestos a luz pública con nombres y apellidos.

Personalmente no tengo nada en contra del sonido del tambor. Gracias a esa herencia se enriqueció el jazz, el mambo, el son y otros ritmos de fama universal. El instrumento es parte de la identidad nacional, de la cubanía. Lo que no se puede perder de vista es la delimitación de espacios conforme a la perspectiva pluridimensional, que estimule la creación y mantenimiento de una mentalidad abierta a la renovación e inmune al estancamiento y la mediocridad.

No debe haber contradicción alguna entre el apego a centenarias y legítimas tradiciones culturales y el consecuente avance e

inserción social. La fijación en el imaginario popular de que el negro es una especie de rumbero a tiempo completo o, en su defecto, una figura pintoresca dada al hedonismo destemplado y eficaz tan solo en tareas de intenso esfuerzo físico, debe ser corregida.

Esas teorías subrayan en términos comparativos la inferioridad intelectual de las personas con algún grado de ascendencia africana respecto a la población blanca. Se trata de universalizar un concepto de endeble sustentación científica. No niego las particularidades que distinguen a un lejano descendiente de Kenia o Etiopía de otro con árbol genealógico plantado en Escandinavia o Sajonia. Lo absurdo y malintencionado es fijar patrones, tras siglos de asimilación. No es lo mismo un negro que habita en una choza en la profundidad de la jungla que el negro nacido en centros urbanos de Jamaica, Barbados o Cuba.

Regularmente se tiende a establecer estándares de comportamiento negativos de los afrodescendientes, sin detenerse en las condiciones usualmente adversas en que han tenido que desarrollarse durante la niñez y la adolescencia. En Cuba el negro ha creado sus parcelas de supervivencia, obligado por un ambiente hostil que se oculta tras múltiples follajes. La música y el deporte son escondites preferidos. Más allá son ceros a la izquierda, salvo escasas excepciones. Por eso, al tono referencial del tambor hay que agregarle otros sonidos, prestos a comunicar mensajes de madurez e integridad. Hace falta tomar conciencia. De lo contrario, nunca podremos zafar los nudos de la mala reputación, las ojeras y la conceptualización del negro como gente de segunda o tercera categoría.